

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas la promesa del Señor: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20)...”

– Ecclesia de Eucharistia, Introducción



Verdaderamente, fue un enamorado de la Eucaristía...

Todos saben que el lema que eligió Juan Pablo II antes de su ordenación episcopal es *Totus tuus*. El futuro Papa tomó estas palabras de la oración de un gran santo mariano, Luis María Grignion de Montfort. Pues bien, el Papa no sólo rezaba cada día aquella oración, sino que escribía un pasaje de ella sobre cada página de los textos autógrafos de sus homilías, de sus discursos, de sus encíclicas, en la parte superior derecha de la hoja. En la primera página ponía el inicio de la oración: *Totus tuus ego sum*, “Yo soy todo tuyo”; en la segunda, *Et omnia mea tua sunt*, “Y todas mis cosas son tuyas”; en la tercera, *Accipio Te in mea omnia*, “Te acojo en todas mis cosas”; en la cuarta, *Praebe mihi cor tuum*, “Dame tu corazón”. Y así proseguía en cada página, repitiendo, si era necesario, cada invocación, hasta el fin del texto. En los archivos de la Secretaría de Estado se encuentran miles de estas páginas, donde Juan Pablo II manifestó de modo tan íntimo y conmovedor su amor a la Virgen...

Este amor ilimitado a María nacía del amor que sentía por Cristo. Amar a Jesús es el propósito de toda nuestra vida. Y si esto es verdad para todo cristiano, tanto más lo es para el Papa. Es algo tan obvio, que podría parecer inútil destacarlo. Pero lo refiero porque tengo un recuerdo especial, que atañe a la última visita apostólica que Juan Pablo II realizó en 1997 a la República Checa.

Ya había ido a Checoslovaquia en 1990, recién caído el muro de Berlín, visitando Praga, Velehrad y

Bratislava. En 1995 fue por segunda vez, visitando Praga, en Bohemia, y Olomouc, en Moravia. Ya estaba sufriendo. Comenzaba a llevar el bastón y bromeaba sobre este con los jóvenes, siempre entusiasmados de reunirse alrededor de él. Pero todavía estaba en forma, hasta el punto de subir las escaleras sin ascensor.

La primera noche, después de la llegada y la cena con los obispos, se dirigió a la capilla ante al Santísimo. Las religiosas le habían preparado un gran reclinatorio, pero él prefirió rezar en el banco. Yo lo acompañé, esperando fuera de la capilla. Al día siguiente, por la tarde, no pude acompañarlo a la capilla, a causa de compromisos y llamadas urgentes. Llegué después, cuando ya estaba arrodillado. Antes de entrar escuché una especie de música que no se distinguía, y cuando abrí silenciosamente la puerta, escuché que, arrodillado en el banco, cantaba en voz baja ante al sagrario.

El Papa cantaba en voz baja ante Jesús Eucaristía: el Papa y Cristo en la Hostia, Pedro y Cristo. Para mí fue algo conmovedor, una llamada muy fuerte a la fe y al amor por la Eucaristía, y a la realidad del ministerio petrino. No he olvidado jamás aquel débil canto, que era como un coloquio de amor con Cristo. Una sola vez he contado este episodio, en la República Checa, pero conviene que se conozca, mucho más ahora que se acerca su beatificación, porque muestra magníficamente que debemos tener un vínculo siempre vivo, íntimo y profundo con Jesús, vivo en la Eucaristía. Y demuestra, en grado superlativo, que Juan Pablo II fue verdaderamente un enamorado de Cristo.

–Giovanni Coppa, Cardenal diácono de San Lino

Fuente: L'Osservatore Romano, 17.4.2011

EN PALABRAS DE JUAN PABLO II:

En la capilla privada, ya no solamente rezaba, sino que me sentaba allí y escribía. Allí escribía mis libros, entre ellos la monografía “Persona y acto”. Estoy convencido de que la capilla es un lugar del que proviene una especial inspiración. Es un enorme privilegio poder vivir y trabajar al amparo de esta Presencia (de Jesús). Una presencia que atrae como un poderoso imán. Mi querido amigo André Frossard, ya desaparecido, en el libro “Dios existe, yo me lo encontré”, describe con hondura la fuerza y la belleza de esta presencia.

Celebrar la Misa es la misión más sublime y más sagrada de todo sacerdote. Y para mí, desde los primeros años de sacerdocio, la celebración de la Eucaristía ha sido, no sólo el deber más sagrado, sino, sobre todo, la necesidad más profunda del alma⁹².

He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares contruidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico.

¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación.

Cada día, a partir de aquel 2 de noviembre de 1946, en que celebré mi primera misa en la cripta de San Leonardo de la catedral de Wawell en Cracovia, mis ojos se han fijado en la hostia y en el cáliz... Cada día mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino caminante que un día se

puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza. Dejarme, mis queridos hermanos y hermanas, que, con íntima emoción, en vuestra compañía y para confortar vuestra fe, os dé testimonio de fe en la Santísima Eucaristía.



COMO UN PODEROSO IMÁN

Es muy conocido el caso de André Frossard (1915-1995) que se convirtió al entrar a una capilla del Barrio Latino de París, donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento. .Él recibió sin esperarlo, pues era completamente ateo, una oleada de amor y de luz que venía desde la custodia, donde estaba Jesús Sacramentado, lo que lo hizo convertirse instantáneamente. Y dice: “Dios estaba allí, revelado y oculto por esa embajada de luz que, sin discursos ni figuras, hacía comprenderlo todo, amarlo todo... El milagro duró un mes. Cada mañana volvía a encontrar con éxtasis esa luz que hacía palidecer al día, esa dulzura que nunca habría de olvidar y que es toda mi ciencia teológica”.

Y a partir de ese instante, su conversión. Iba a Misa todos los días, a pesar de estar enrolado en la Marina de Guerra francesa. Se sentía atraído como un imán hacia el sagrario de las iglesias católicas, donde siempre lo esperaba Jesús. Por eso dijo: “¡Dios mío! Entro en Tus iglesias desiertas, veo a lo lejos vacilar en la penumbra la lamparilla roja de Tus sagrarios y recuerdo mi alegría! ¡Cómo podría haberla olvidado! ¿Cómo echar al olvido el día en que se ha descubierto el amor desconocido por el que se ama y se respira? ... Hay otro mundo. Y no hablo de él por hipótesis, por razonamiento o de ideas. Hablo por experiencia”.

—Tomado del libro *La Eucaristía — el Tesoro Más Grande del Mundo*, del P. Ángel Peña O.A.R.

¿Cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!

— Fuentes: *La Eucaristía — El Tesoro Más Grande del Mundo*, P. Ángel Peña O.A.R.; *Juan Pablo II, Levantados, Vamos*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, p.131; *Don y Misterio*, BAC, Madrid 1996, p. 102.